EDITORIAL 01

la historia interminable: el museo de arquitectura

Salió en la prensa que el Consejo de Ministros, a 29 de diciembre del pasado año, ha aprobado la creación del Museo Nacional de Arquitectura y Urbanismo. Pero lo cierto es que no se trata de una creación, sino de una recreación: el Museo Nacional de Arquitectura (el urbanismo se consideraba incluido) existe -o existía hasta el día 29- en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid. Fue creado en los años 40, a iniciativa del que había sido arquitecto director de la Ciudad Universitaria y de la Escuela, Modesto López Otero. El director nato del museo era el de la Escuela, y todos los que hayan estudiado allí recordarán algunos de sus fondos físicos: las grandes maquetas y relieves, o lo que fue la portada del Hospital de La Latina, en el acceso principal del edificio.

La idea de transformar y mejorar este museo es muy vieja. Lo es al menos desde que Antonio Fernández Alba recibió el encargo, en tiempos de la UCD, de convertir el antiguo Hospital General en lo que es hoy, el Museo Reina Sofía. Como el Estado es así, tuvo que inventarse hasta el programa y quería llevar allí el Museo de Arquitectura. Desde entonces ha llovido: la idea se fue de Bellas Artes en Cultura, a Arquitectura, en Obras Públicas y Urbanismo (luego Fomento, luego Vivienda). En el tema ya estuvo Ricardo Aroca cuando era director de la Escuela de Arquitectura y luego como Decano del Colegio, así como Gerardo Mingo cuando era Subdirector de Arquitectura. Entre otros, desde luego.

Hoy, la recreación del museo trae dos sorpresas, al menos para los que no estén avisados: la división de sedes y la de disciplinas, arquitectura a Salamanca; urbanismo a Barcelona. También se cambia la ligadura directa del museo a la enseñanza y a la investigación universitaria: se va la institución de la Escuela de Madrid y en el patronato no se prevé ninguna representación de las escuelas.

Enhorabuena a Salamanca, que no tiene enseñanza de arquitectura, y que ve así pagado, con creces, el falso despojo del archivo de la guerra con la que tantos de la ciudad se pusieron tan insólitamente impertinentes. Enhorabuena a Barcelona, donde hubiera estado mejor el de arquitectura por la densidad universitaria de la ciudad, pero donde se va el urbanismo, pagando tributo al tópico propagandístico de que el urbanismo está bien en la capital catalana.

De Madrid y de sus escuelas de arquitectura no digamos nada, por ser lo nuestro. En cuanto a la separación entre la arquitectura y el urbanismo, esperamos ansiosos las explicaciones de aquellos profesores que la han propiciado y que, según se dice, buscan también la separación universitaria con respecto a las escuelas. Si éstas sobran, ¿se harán además Facultades de Urbanismo? ¿Para remediar el urbanismo español? Vivir para ver.

No obstante, tal parece que la historia termina y que, al fin, esté donde esté, habrá un Museo Nacional de Arquitectura y Urbanismo, con una dotación y unos medios que la Escuela de Madrid nunca tuvo ni soñó. Hay que dar las gracias a la ministra, Maria Antonia Trujillo, y a la Subdirectora de Arquitectura, Inés Sánchez de Madariaga.